

UNAS MEMORIAS ECLESIASTICAS DE LOS TIEMPOS
DE LA RESTAURACION

EL DIARIO DEL EX JESUITA P. PEREDA

Por JOSÉ M. CUENCA TORIBIO

Abocado al ineludible deber del compromiso social que su generación tiene como imán, el historiador actual se desazona ante un tema como el biográfico, constreñido forzosamente en lo individual y, de ordinario, por lo inmanente. Existen, sin embargo, a su parecer, diversas razones que aconsejan la publicación del diario de un jesuita innominado de fines del siglo XIX. Cuestiones de innegable trascendencia en la dialéctica político-ideológica del ochocientos cobran volumen y se esclarecen en algunos de sus puntos a la luz de la información facilitada por las cortas memorias que pronto reproduciremos. En el redescubrimiento de la historia regional que en la actualidad también figura como empresa ineludible para el estudioso de Clío, la publicación del diario del padre Julián Pereda Varona entraña igualmente una importancia indiscutible, según pronto podrá comprobarse.

El hombre

A punto de pasarse el ecuador del trienio esparterista vino al mundo —17 - III - 1842— el autor de estas memorias, fustigador implacable en sus días adultos de la obra que durante mucho tiempo simbolizara la figura del soldado man-

chego. Placenta generosa de clérigos incluso en tiempos de hostilidad y relativa persecución, Burgos en su localidad de Campo, fue el suelo natal de nuestro personaje. No es difícil imaginar sus correrías infantiles en aquellas tierras abiertas y duras de la meseta, forjadoras por lo general de caracteres recios, más inclinados a la firmeza que a la flexibilidad. El medio familiar, modestos labradores, contribuiría también a modelar el carácter juvenil de Pereda conforme pautas de austeridad y consecuencia. Si nos interesara en esta ocasión primordialmente el hombre, tendríamos que incursionarnos por sus lecturas de este período, sus amistades, maestros, etc.; pero nuestro objetivo apunta, por las modestas pretensiones del presente trabajo, a calibrar el valor historiográfico que exhumamos, para la cual basta y sobra el pergeño de algunos rasgos de nuestro personaje.

El cual debió sentir pronto la vocación religiosa, pues ya el 12 - IV - 1861 le vemos ingresar en el centro de formación que la Compañía de Jesús tenía en Loyola. Amparado por las circunstancias propicias que el moderantismo consintió para las congregaciones religiosas pese a la protesta de los sectores progresistas y radicales, Pereda cursó los primeros años de la *ratio studiorum* con fruto y sin zozobras. Estas vinieron al implantarse la Gloriosa; pero, de cualquier modo, duraron poco. Así lo demuestra el que tras una corta estancia en Francia se ordenase sacerdote en el seminario de Salamanca (1871), cuando esta sede era dirigida espiritualmente por un prelado al que tiempo adelante no escatimará sus censuras. Dos años más tarde —15 - VIII - 1873— emitió los últimos votos en la Compañía. La marcha hacia la Restauración y el consolidamiento del Régimen alfonsino le tuvieron como espectador en Sevilla, en cuyo colegio de su orden ejerció la docencia en el septenado de 1874-1881. Andalucía fue su residencia durante cerca de un lustro más. En el bienio 1882-83, en el recién creado colegio de El Palo; en el bienio siguiente, en otro célebre establecimiento docente jesuítico de esta región: el del Puerto de Santa María. Después retornó a su Castilla (Palencia, 1885). Paso fugaz, camino del norte, meta e imán de casi todos los jesuitas de la primera Restauración. Bilbao y Loyola se-

rían aquí sus dos mansiones. Su andadura jesuítica terminó donde había comenzado. En 1891, y luego de un trienio como archivero y bibliotecario del último centro, abandonó la Compañía. Para nuestras indagaciones terminó aquí, un tanto abruptamente, la biografía del redactor de las breves pero enjundiosas memorias de las que estas líneas constituyen su excerpta ¹.

Pocas notas, sin duda, para definir a un hombre si ésta fuera nuestra meta. Suficientes quizás, repetimos, para entender su proyección en el diario que en seguida transcribiremos. Al fin y a la postre, para los buenos catadores del espíritu no existe mejor espejo en punto a conocer el enigma de cualquier personalidad y el talante de sus escritos.

La obra

El diario abarca poco más de un trienio —1882-1885—. Según las trazas, fue escrito a manera de balance de cada año, conservando, no obstante, espontaneidad y cercanía a los hechos. Estos se encuentran nucleados en torno al problema religioso, entonces agitado en las capas más profundas del mar calmoso del canovismo ² La posición del autor es la de un integrista *enragé*, quejoso de que el posibilismo se hubiera introducido e informara la línea de actuación de la jerarquía vaticana y española con relación a un régimen espúreo. Política y religión se entremezclan y abrazan continuamente en las páginas de estos recuerdos; fiel trasunto así de la realidad de la época. Se describen en ellas otros aspectos de la sociedad finisecular, pero siempre como *à rebours* de la pluma del P. Pereda, posea por la exaltación de un catolicismo fiel en todo a las directrices del *Syllabus*. Pese al deseo de brevedad del prologuista, no podemos por menos de plantearnos la recep-

1. Todos los datos biográficos nos han sido facilitados, muy amablemente, por D. José Ramón Eguillor, director del Archivo Histórico de Loyola, quien los ha extraído de libros y catálogos de la Compañía, existentes en el célebre Santuario. Igualmente expresamos nuestro agradecimiento a D. Francisco Rodríguez de Coro, que nos proporcionó el original.

2. Cuenca Toribio, J. M., *Aproximación a la Historia de la Iglesia contemporánea, en España*. Madrid, 1978.

tividad o rechazo que, al pensar de esta manera, hacía el autor del medio en que se había formado y al que pretendía servir. Aunque investigaciones de relieve subrayan en la actualidad los matices y las diferentes opciones ideológicas constatadas en la actuación de la Compañía de Jesús en la fecha que ahora glosamos, el diario del P. Julián Pereda ofrece mucho material para reforzar la tesis comúnmente admitida de su intransigencia antiliberal, ribeteada *ex abundantia* de pujos integristas. Las circunstancias de que muy probablemente Pereda abandonara la Compañía por considerar su conducta conciliadora y dialogante con el régimen de Sagunto, no echa por tierra la anterior hipótesis. Referencias a compañeros, superiores, personas y acontecimientos revelan en este diario la espesa red de tradicionalistas a ultranza que confluían enrededor del universo jesuístico del momento. Al menos el testimonio aportado por Julián Pereda se presenta a este respecto como irrecusable. No definitivo, claro es.

Frente a este significado de las memorias de Pereda que viene a reforzar la tesis, a lo mejor un tanto simplista pero habitual, en torno a la línea ideológica de la Compañía, el contenido del escrito que comentamos discrepa radicalmente de las versiones más al uso y estereotipadas atañentes al talante con que la Santa Sede y el episcopado español observaron la monarquía alfonsina. Dada su prodigalidad, tenemos que escoger los ejemplos. En contra a la opinión sostenida por nosotros y circulante por la mayor parte de la bibliografía, Pereda sostiene la inexistencia de una corriente favorable al carlismo en la jerarquía de la Restauración, aportando pruebas de inequívoco valor. Inmerso tal vez en un mundo feérico, Pereda mantiene igualmente que la suerte definitiva del carlismo dependió, en última instancia, de los obispos, que arrojaron al lodo de las comodidades y prebendas las banderas del Pretendiente. La actitud aperturista de León XIII y sus nuncios en Madrid tampoco escapa a las fulminias críticas del arrebatado jesuíta. Pero al lado de estas anatemas de hombre de partido, se criban en el diario consideraciones dignas de cierta meditación sobre el carácter religioso de la sociedad del momento y de los resortes más íntimos que movían su

actividad política o, mejor dicho, de los que la paralizaban o impedían. Sería esta masa neutra, desterrada de todo nivel de ciudadanía y participación, sobre la que, en años ya no narrados por Pereda, intentase el sector episcopal encabezado por Cascajares alzar el estandarte de desafío contra el turnismo canovista representado por la entrada en liza de un tercer partido confesional³. La versión «católica» del divorcio entre país «legal» y país «real», *ritornello* de la crítica antirrestauracionista, cobra expresión de manera insuperable en la denuncia del redactor del diario.

El repertorio de las requisitorias de Pereda es muy extenso, conforme verificará dentro de unos instantes el lector. El repudio de la desamortización es frontal. ¡Qué profunda debió de ser en el estamento religioso la herida abierta por Mendizábal y sus epígonos cuando en la mente de un joven sacerdote se agolpaban —al ver la incuria del antiguo patrimonio eclesiástico— las memorias y afrentas de un tiempo no vivido! ¡Cuán grande debía de ser también la sensación de marginamiento —voluntaria o no— del *status* eclesiástico de una sociedad por cuyo fluir no se sentía atraído! Hay mucho drama íntimo y colectivo en los pliegues del diario de Julián Pereda, notario inconsciente de una convivencia mutilada.

Andalucía y Vizcaya se disputan el protagonismo de estos recuerdos. La primera es la vencedora del duelo. Los ruidosos y célebres eventos —en su tiempo— de la primavera hispalense de 1882, la sembradura del copo educativo que de las familias de alta alcurnia llevará a cabo la Compañía en los decenios postreros de la centuria pasada, las vicisitudes inaugurales de la orden ignaciana en Andalucía durante la cuarta restauración religiosa, y mil detalles más que introducen un relámpago de claridad en pasajes aún desconocidos de la historia meridional de la época, quedan cogidos en las mallas detallistas de este diario. ¡Qué imagen, v. gr., más preciosa que la de don Antonio Machado niño arengador de la turba anticlerical! ¡Qué testimonio más elocuente del mefítico ambiente que algunas veces presidía las directrices episcopales como el del enfren-

3. Andrés Gallego, J., *La política religiosa en España* (1981-1913), Madrid, 1975.

tamiento entre Lluçh —a la espera de capelo catedralicio— y su auxiliar Spínola, fomentado por el personajillo de don Bernabé! La historia pequeña, la historia humanizada, hecha a la verdadera medida de las miserias y grandezas de su protagonista, se nos aparece con frecuencia en algunas de las páginas más recatadas del diario, como aquellas, v. gr., que describen los inicios del colegio del Palo.

No amó a Andalucía el P. Pereda. La sirvió bien, trabajando duro y firme en su promoción cultural durante una década, pero sin gran afecto y comprensión. Como tantos de sus visitantes extranjeros del XIX que pretendían huir de su canícula con un salacof a la vez moral y físico, el adusto castellano no congeniaba con la pagana y tábida Andalucía. En vez de ser insólito, su caso es frecuente en los anales apostólicos y misioneros de la época, plagados de críticas a la degradada situación moral de las tierras del Sur...⁴

El País Vasco es el otro polo del diario. Las noticias proporcionadas en este capítulo por la pluma de Pereda son acaso más interesantes para la sociología religiosa del período que las estampadas sobre su periplo andaluz. Deusto, la propaganda religiosa, las maneras y estilos de captación de la alta burguesía del pujante y trepidante Bilbao de los años 80, tienen en Pereda un pincel fidedigno y colorista. Las lacras de los sectores dirigentes y de la Compañía pintadas con buril tremendista años después por Blasco Ibáñez en «El Intruso» nos aparecen aquí descritas por Pereda *malgré lui*. Los lamentos que se oyen en el diario salen de la pluma de un sectario dolorido por las torpezas y la frivolidad de los que dicen defender su misma causa. Si en el corazón mismo de la pretendida fortaleza del ultramontanismo el dogma de la intransigencia era tan mal servido, ¿qué podía esperarse de su suerte en otros territorios...? En tal estado de espíritu era previsible su salida de la Compañía, enemiga de toda voz estridente y partidaria de lavar la ropa sucia dentro de casa. Aunque pueden rastrearse con cierta exuberancia en este diario los testi-

4. Con todo, los anatemas que el ardoroso jesuita lanzara contra el clima moral de Valladolid pueden quizá servir para relativizar algo sus ataques contra la corrupción meridional.

monios y pruebas de disidencias y querellas internas en la orden ignaciana, no queremos destacarlas con una alusión específica en estas breves notas introductorias, con el deseo de que nadie se llame a escándalo. Por lo demás, sólo patentizan la evidencia de unos antagonismos normales en cualquier comunidad, peraltados entonces por el clima de efervescencia ideológico que envolvía el vivir de las congregaciones religiosas de la España finisecular.

ORIGINAL DEL EX PADRE JULIAN PEREDA EN LA PARTE HISTORICA (DIARIO DESDE 1882)

Fue este año notable por los muchos acontecimientos que tuvieron lugar en la Iglesia, en la Compañía y en la sociedad de España. Pidió el Sumo Pontífice una peregrinación a los Noces y al partido Carlista, y se vio el escándalo que ocho obispos Alfonsinos con pretexto de política la impidiesen. El de Sevilla, Santiago, Barcelona, Santander la pueden gloriarse de semejante triunfo. Cedió también el Papa. En Roma se advierten tendencias marcadas a contemporizar. No se habla contra el catolicismo liberal. Los diarios del Vaticano dejan mucho que desear. El Ministro de Estado, Jacobini, los favorece. En Francia hay división entre los católicos por la misma causa. En España la Unión Católica, favorecida por Cánovas, desune al Partido Carlista y Católico, arrastra en pos de sí a muchos incautos, la bendicen y defienden muchos obispos, escribe contra ella don Francisco Mateos Gago terribles filípicas, y con grande alegría de los malos y perjuicio de la religión reina la confusión en todos los buenos y la desanimación y el desaliento. Hay Prelados que prohíben diarios católicos. En Sevilla, la Academia de Santo Tomás se desentiende de la obligación de defender el Syllabus, y de mirar que no pertenezcan a ella personas inscritas en centros ateos y racionalistas. Se la debe considerar como un centro mestizo de ciencia conciliador y católico liberal. Por eso los más puros católicos no acuden ya a sus sesiones. El Arzobispo y Cardenal se distinguió siempre por su tolerancia y odio al carlismo.

Para él no se distinguen de este partido de los herejes. Esto explicará lo que luego diremos.

Esta actitud y la de la mayor parte de los Canónigos y Eclesiásticos, contaminados con las ideas liberales, o que pasan la vida en un marasmo e inacción continuos, fueron sin duda la causa de que habiendo en Sevilla innumerables publicaciones periódicas, no se cuente una sola que sea católica. La iniquidad extiende a mansalva sus velas, sin que nadie ponga límite a su imprudencia e impiedad. Se alaba al Cardenal, impugnarle sería peligroso, y a renglón seguido se llama a los religiosos asesinos, adúlteros, haraganes; se habla contra la Iglesia, sin que aquél se perturbe ni se le vea tomar medio alguno para cortar tanto mal. De aquí el escándalo de los buenos, las caídas de los débiles, la destrucción y ruina de nuestra sacrosanta religión.

En condiciones tan desfavorables y peligrosas el P. Juan B. Moga había formado una Asociación de Jóvenes de la Inmaculada Concepción. En un principio bastante numerosa, pertenecientes gran parte a la Universidad. A pesar de los esfuerzos inauditos de su Presidente, decayó mucho al poco tiempo, si no en el número en la calidad de jóvenes que la formaban. Su falta de experiencia y genio emprendedor en cuanto se relacionaba con la Inmaculada inspiró la idea de celebrar el aniversario de Murillo, amalgamándole con la Inmaculada y el Pontífice Pío IX. La Inmaculada, Pío IX y Murillo fue el lema de la celebración del Centenario. Pronto aparecieron las dificultades. Los liberales, por ser religiosos, se retrajeron, los impíos lo miraron con odio; los mestizos vieron en ello una manifestación carlista; los de este partido, al ver que los anteriores tomaban parte, o no concurrieron o lo hicieron de mala gana. Entre los indiferentes de alguna instrucción se murmuraba por lo bajo de la mezcla informe del Centenario.

El P. Moga no entendía de partidos políticos, ni en su entusiasmo por el Pintor de la Inmaculada era capaz de detenerse en estas menudencias. Emprendió, pues, los trabajos de preparación ayudado de los jóvenes de su Asociación. Envío al P. Provincial una Memoria para que la revisase y obtener

el debido permiso. Conseguido esto extendió a los cuatro vientos sus planes. La prensa publicó sus pensamientos. Casi todos los periódicos no manifiestamente impíos le alabaron. Lo fomentan los Obispos. Se recaudan limosnas o dinero especialmente de nuestros amigos: se pide a los sevillanos. Quiere el P. Moga que el mismo Alfonso y su Gobierno contribuyan, y aunque las dificultades pululan por todas partes y el P. Provincial se hace reacio, y los de la Compañía en general lo acogen fríamente, se lleva adelante el proyecto y empieza una nueva serie de acontecimientos.

En Madrid pensaban los carlistas favorecidos por personas influyentes de la Nunciatura, que el Centenario debía ser exclusivamente carlista. Ignoraba esto el P. Moga. Se vio después, cuando viendo en él mestizos y liberales se negaron a venir y aún hasta a enviar las poesías.

Se escribió a todos los obispos de España, que lo recibieron con aplauso. Pero su apoyo se redujo en casi todas a palabras. El Ayuntamiento de Sevilla se negó a cooperar, por el simple hecho de que en un manifiesto se llamaba al Papa Rey. Y de tan pequeña chispa resultó después un incendio.

Se acercaba ya el día, pide al Arzobispo la Asociación de Inmaculados una reunión magna de todas las Corporaciones de la ciudad para tratar de su cooperación y manifestación en las funciones del Centenario. Tuvo ésta lugar el 14 de mayo en el Palacio del Arzobispo. Acudieron efectivamente todas las Corporaciones civiles y militares y eclesiásticas y hasta mostraron cierto entusiasmo, excepto el Ayuntamiento, que brilló por su ausencia. El P. Moga pronunció un entusiasta discurso, después de haber el Prelado anunciado el objeto de la reunión. Mas cuando éste vio que no asistía la representación del Municipio, se echó a temblar a lo que parece; se resfrió ¡su entusiasmo, invocó *l'egalité, liberté y fraternité* y el deseo que antes había expresado, y la obligación que, puede decirse, quería imponer a su diocesano para que tomasen parte en el Solemne Centenario, se disipó como el humo anunciando al P. Moga que era muy posible se quedase solo con sus jóvenes inmaculados.

Estos quisieron oír para retirarse algunas Cofradías que

acudieron allí de mala gana. Porque no creían fuese de su instituto celebrar a Murillo, amalgamado con Pío IX y la Inmaculada. Fue un golpe terrible para el Centenario la indiferencia con que habló el Prelado, sazonzando con gracias su discurso, poco menos que ridiculizando a los que tanto habían trabajado ¹.

Esta actitud no pudo menos de influir en los sucesos siguientes. Sin embargo, continuó la preparación y fueron llegando a Sevilla coronas y banderas de las principales ciudades de España. Se publicó el programa de las fiestas, que por cierto redactó el mismo P. Moga desde la cama por haber caído enfermo. Luego empezaron las defecciones. El Sr. Obispo de Jaén pretextó estar enfermo y no poder venir a predicar los días antes del Triduo. No pareció quien le sustituyera. Se formó entre los Canónigos que podían hacerlo una verdadera conspiración. Se sabe que el C. y el D. y el M. del Señor disuadieron al Sr. Arboli para que no predicase. Este señor debe ser quien escribió un libreto contra aquellos señores sobre la materia que pudiera servir de sermón, por haberle dicho ellos que no era posible amalgamar las tres cosas del Centenario. No le publicó por ser una invectiva contra los canónigos y defensa del P. Moga, quien se lo prohibió absolutamente ².

Llegó por fin el día 18 de mayo. Se tocaron las campanas de la Giralda y se iluminó por la noche, pero ni hubo colgaduras ni apenas iluminarias en la ciudad. Lo tomó ésta con cierta frialdad. Se celebró la Misa en el trascoro de la Catedral con el aparato del día del Corpus. Fue muy solemne. Concurrieron comisiones de todas las autoridades de la ciudad. Pero faltó el sermón. Por la tarde se tuvo la primera sesión en el patio del Alcázar. Concurrió mucha y escogida gente. Se distinguió mucho el señor Godró, que vino de Madrid, y por ser mestizo fue ocasión de que los de *El Siglo Futuro*, por consejo más o menos prudente del P. M. C., se retiraran y no enviaran las composiciones ofrecidas, de que

1. Por carta de una Religiosa que tengo en mi poder sé que en estos mismos días habló en el Convento de la E. ridiculizando al P. Moga y llamándole hombre de poco juicio (loco dijo).

1. Conservo en mi poder el original.

lo llevasen a mal las comisiones de Jerez y algunos carlistas exagerados de aquí, y de que empezase a vislumbrarse aquella situación sospechosa para los liberales que también habían de explotar los impíos.

Mientras los cuatro niños del Colegio declamaban su diálogo, en tono de burla, que pasó desapercibida para los más, los dependientes del Alcázar arrojaron una lechuza, que llamó la atención del público, pero que no entendió su significación. Ave de mal agüero.

Al día siguiente se celebraron con igual solemnidad en la Magdalena las honras de Murillo.

Por la tarde se tuvo la segunda sesión. No cabían en el anchuroso patio los concurrentes. Presidía el señor Arzobispo. Pronunció un discurso bueno y bien declamado el señor Godró. Siguiéronse algunas composiciones; y luego tomó la palabra el joven señor Balbontín. Los de la Comisión de Jerez, exagerados carlistas, no habían querido oír al anterior orador por mestizo. Entraron cuando empezó el segundo, llamando la atención del público. Reunidos en su ángulo todos, a cada alusión al carlismo más o menos clara del orador prorrumpan en aplausos descompasados con verdadera imprudencia y comprometiendo al Centenario; dando pretexto a los liberales y al señor Arzobispo (que no necesitaba tanto) para creer aquello una manifestación carlista. El discurso empalagoso hasta lo sumo por lo largo en otra ocasión hubiera pasado desapercibido, a pesar de tener algunas frases bastante imprudentes. Pero los exagerados aplausos y los repetidos vivas a frases aisladas manifiestamente tradicionalistas, que fuera del caso y con peligro manifiesto, repetían intencionalmente los de la Comisión de Jerez y algunos exaltados de Sevilla hizo reventar la mina que causó los estragos que diremos. Extrañaron algunos que no hiciese más el P. Moga por acortar el discurso y evitar los exagerados aplausos. Se veía entre la espada y la pared, después del retraimiento de *El Siglo Futuro*. El señor Arzobispo, por lo que después dijo, se levantó muy disgustado. El Capitán General, que asistía, y que tanto había protegido antes la solemnidad, cambió completamente. No sólo suspendió la Misa de Campaña que debía tener lugar

el día siguiente, sino que dio además orden para que ningún militar, ni aún la música, asistiese a la procesión artístico-religiosa.

Se retiraron todas las Corporaciones no eclesiásticas. Y se empezó a temer que no pararía en este retraimiento.

Llegó el domingo, día memorable en los anales de Sevilla y de la Compañía. El P. Moga recibió por la mañana una carta del Marqués de Santa Cruz de Inguanzo en que le comunicaba la trama que habían urdido los impíos masones para hacer una contramanifestación desordenando la procesión, destruyendo sus insignias y coronas y dando un grande escándalo que resonase al igual del Centenario. El retraimiento de tropa y de las autoridades todas se prestaba a que esta gente se preparase a cometer toda clase de excesos, como sucedió. No por eso retrocedió un punto el P. Moga, si fue valor o temeridad, *adhuc sub iudice lis est*. La mayoría está por lo segundo. Empezaron a reunirse jóvenes en la Iglesia del Salvador de las doce en adelante. Numerosas comisiones con innumerables banderas y coronas poblaban la Iglesia. Llovía en abundancia y muchos deseaban continuase el mal tiempo para que se evitase el conflicto. No salió por esto a la hora señalada. Si no hubiera habido cierto empeño necio en salir era esto razón más que suficiente para no echarse a la calle. Pero se trataba con hombres sin experiencia, y por eso de nada servían las razones de las personas sensatas.

Llegó por fin el señor Obispo de que debía presidir la procesión. Le envía en esto un aviso el señor Arzobispo de que vaya a Palacio. Responde él que no le es posible hasta después de la procesión. Le añade aquél que no vaya en ésta, y si va sepa que le retira toda su autoridad. «Bien —respondió el de Milo—, yo no abandono a los jóvenes; iré como particular.» En bronce debieron grabarse estas palabras y celebrarse por la posteridad el valor y conducta de este Santo Prelado.

Empezó a salir del Salvador la Procesión artístico-religiosa. Una multitud inmensa llenaba todas las calles por donde había de pasar. Al cuarto de hora empezó una copiosa lluvia, que si hacía retirar a la gente, introducía la confusión

en las filas, cortándose la procesión en varias partes y haciéndose imposible adelantar un paso. En este estado llegaron los primeros estandartes a la Plaza del Museo. Allí los esperaban los impíos para dar principio al escándalo. De la Iglesia protestante que allí hay salieron varios grupos de jóvenes que prorrumpieron en blasfemias y gritar mueras a la Inmaculada, a Pío IX, al Obispo, al P. Moga, a los Jesuitas, etc. No acometían a los de la Procesión, pero los gritos y las blasfemias eran horribles. Parece que la consigna aprobada por el Gobernador era alborotar con prohibición de tocar a nadie. Pero la inmoralidad de la autoridad no puede ser más infame, cuando permite a la vez de una ciudad populosa hacer contra la gente honrada y religiosa una manifestación salvaje.

Alguno, parece, amenazó con un bastón al señor Obispo, cuyo golpe evitó un joven congregante. Al ver el P. Moga tanto desorden se dirigió a un municipal que con los brazos cruzados contemplaba el espectáculo. Obtuvo por respuesta: «Allí tiene usted a nuestro jefe, tenemos orden de no mezclarnos en nada.» Como continuaría la Procesión fácilmente se deja entender. Hubo que recoger a los niños vestidos de artistas y de ángeles. Los jóvenes (FIESTAS QUE DEBEN CELEBRARSE CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE MURILLO. SEVILLA. IMP. DE LOS SEÑORES A. IZQUIERDO Y SOB. Francos núms. 60 y 62. 1882) más cobardes huyeron. Los alborotadores, aunque algunos continuaron al lado de la Procesión, dando los consabidos gritos, los más se dirigieron a la Plaza de San Francisco. Allí pensaban disolver la Procesión y destruir sus insignias y coronas. En el interim se extendió por toda la ciudad el alboroto o motín, y ya recorrían grandes grupos las calles dando mueras a los Jesuitas. Llegaron a la puerta del Colegio con estos gritos y profiriendo blasfemias. En la calle de las Sierpes el hijo del impío Machado arengó a las turbas gritando «Muera la Religión»; también a la entrada de la calle de Placentines se dieron mueras al Arzobispo, por más que él no quisiera creerlo.

Los que dirigían la Procesión conocieron al fin que la situación era grave. Alargaron el paso y cortando por la calle de Gallegos entraron en el Salvador. Los alborotadores que lo

advirtieron se precipitaron ante esta Iglesia y renovaron los silbidos, los mueras, las blasfemias, queriendo penetrar en el templo, pero lo impidieron seis guardias civiles y el haberse cerrado la puerta.

Durante la carrera el Presidente de la Asociación se presentó al Jefe de la Guardia Civil para hacerle presente el desorden, pero como tenían la consigna de no impedirlo no quería presentarse en la calle. Por fin envió seis números por sí con su presencia sola podían evitar alguna desgracia. Sólo con gobiernos inicuos y que tienen odio formal a los católicos se concibe la conducta de las autoridades de Sevilla. Tiene explicación. Estamos a las órdenes y al arbitrio de los masones.

Ya en la Iglesia la Procesión, el señor Obispo de Milo subió al púlpito y dirigió a los jóvenes palabras de consuelo y de valor, alabando la grande prudencia que habían tenido y sufrimiento durante la Procesión sin inmutarse por las injurias que les dirigían los amotinados. De haberse defendido hubiera probablemente corrido la sangre por las calles. Pero que gracias a Dios lo habían llevado con resignación cristiana.

Con esto se retiraron cada uno a su casa sin novedad alguna, sin embargo de continuar el alboroto en la plaza del Salvador. Y así concluyó el Domingo 21 de mayo de 1882 y también el Centenario de Murillo. Como decía algún tiempo después el Boletín Eclesiástico. Ya esta noche no se tocaron las campanas, ni iluminó el Ayuntamiento ni hubo otra demostración. Creímos que en pro y en contra ya estaba todo concluido. Nos engañamos.

Habían concurrido a la Procesión unos 40 ó 50 alumnos de la Universidad contra la voluntad de sus compañeros impíos. Quisieron éstos en la misma Procesión arrebatarles su corona dedicada a Murillo. No lo consiguieron, y para dar los primeros prueba de no tenerles miedo, hicieron al día siguiente la solemne imprudencia de pasear su bandera por las calles, colocar en el cuadro de S. Antonio de la Catedral su Corona, y llevar su bandera al Museo. La canalla se reunió a ellos, y por todas las calles se repitieron los mismos desafortados gritos del día anterior y sobre todo el de mueran los

jesuitas. Junto a la estatua de Murillo hubo escenas verdaderamente salvajes. Todo, por supuesto sin que se viniera a las manos. Retirados los jóvenes de la Universidad los grupos alborotadores continuaron excitando al pueblo contra los Jesuitas. Cuando los niños estaban en visita se presentó uno de estos grupos a la puerta del Colegio, dando los consabidos Mueras. Alarmados con razón los Padres de los alumnos se presentaron varios al Gobernador, reclamando para el Colegio el auxilio de la fuerza. Contestó éste con buenas palabras pero como se sabía que él era el causante de todo, ni ellos ni los Jesuitas tenían grande confianza. Por la noche, sin embargo, merced sin duda a las ocho o diez comisiones que se presentaron a él durante el día, estuvo cercado el Colegio de Municipales y de guardia civil como si fuera una fortaleza. Todo era necesario. En los cafés, en las calles, se veían emisarios que reclutaban gente para venir a quemar el Colegio de los Jesuitas. Las calles que rodeaban a él estaban tan concurridas por los curiosos amigos o enemigos que parecía un jubileo. A nadie se permitía detenerse. Con este sobresalto pasó la noche del Lunes.

El Martes, comunicada a los barrios la efervescencia, se fue acrecentando y de anti-religioso se iba convirtiendo el motín en político y social; pero el espantajo, como dirigido por los masones, eran los Jesuitas. Pasó el día sin otra ocurrencia que las noticias de lo que se preparaba para la noche, en la que a todo trance sería el Colegio asaltado por cuafue acrecentando y de anti-religioso se iba convirtiendo el causaba a las familias. Todas querían llevarse sus hijos. El Gobernador en cambio a todo el mundo ofreciendo seguridades. Pero cada vez se confiaba menos, viendo que no corta el alboroto y rechazaba la fuerza que le ofrecía el Capitán General.

Al anoecer empezaron a reunirse en la Alameda multitud de gente no de levita y universitarios, como antes sucedía, sino obreros, vagabundos, y de la hez del pueblo. Bastó un piquete de guardia civil y cuatro garrotazos de los Municipales (hasta esta noche no estuvieron para esto autorizados) para que se disipasen.

En el entretanto se formó en los cafés de la Calle de las Sierpes un grupo como de 1000 hombres de levita que a eso de las 9 de la noche se dirigieron al Colegio. Le salieron al encuentro en la calle de Francos algunos de policía que con repartir a diestra y siniestra algunos palos los hicieron volver atrás más que de prisa. Bastó también en la Calle de Pajaritos que les echase el alto el centinela del Banco para que retrocediesen a todo correr. ¡Cuántos valientes ha habido siempre contra las monjas y frailes! Al abrigo de la impunidad se han convertido en héroes en nuestros tiempos cobardes y feroces criminales.

Se dirigieron en tonces a la Iglesia de San Antonio y a la Residencia de la calle de la Palma. Allí estuvieron hora y media golpeando la puerta, haciendo un ruido infernal, y dando los consabidos gritos. A cuarenta pasos estaban un cuartel militar y la Capitanía General. En ésta, no sabemos si por sarcasmo, se celebraba un baile a la misma hora. La posteridad no podrá creer que en una ciudad culta y pacífica, con espanto y terror de todos los ciudadanos honrados, se permita a sangre fría por las autoridades que los malvados hagan befa y escarnio de la porción más escogida de sus religiosos habitantes.

Se retiraron pacíficamente los alborotadores cuando su paciencia o sus pulmones se cansaron de blasfemar y gritar a su placer. Ya no se contentaban con los mueras a los Jesuitas. Se oyeron también los Vivas a la República y los mueras a Alfonso XII.

El Miércoles por la mañana continuamos con mayor alarma, al ver que el Sr. López Domínguez, gobernador interino no tomaba aún ningún medio para sofocar el tumulto. Se trató ya seriamente de enviar los niños a sus casas y retirarnos nosotros. Ocurrióle al Marqués de T., padre de un niño, amigo del Presidente del Consejo de Ministros, Sagasta, dirigirle un parte preguntándole si habría seguridad de que el Gobernador podría defender nuestro Colegio en caso de ser acometido por la plebe, como se temía. Detuvo el Gobernador este parte y llamando al Marqués de T. le suplicó no le enviase por que el Gobierno de Madrid nada de esto sabía. En cambio

le prometió que este día quedaría todo sosegado y tranquilo. Publicó un bando, pidió tropas al Capitán General y efectivamente desde entonces desapareció el tumulto que empezó antirreligioso y se convirtió en político y social. Pero no hay duda que fue dirigido por los masones a quienes de seguro no era extraño el tal Gobernador.

Parte eclesiástica.

Entremos ahora en lo más grave. El Arzobispo Sr. Lluch, hombre amigo de contentar a todo el mundo y enemigo de los carlistas a quienes solía llamar los solos sabios, los solos santos, los carlo-farisaicos, salió como dijimos de la segunda sesión del Alcázar lleno de hiel y dispuesto a hacer un escarmiento. Por no dar un escándalo no lo hizo en la sesión. Se unió como después se decía en una protesta al Sr. Nuncio, a los revolucionarios. Así se explica como sabiendo que los Jesuitas estaban en gravísimo peligro hasta de su vida, él colmase el cáliz de la amargura quitando, como clérigo culpable y escandaloso, las licencias de confesar y predicar al P. Moga. La razón que dio a cierto sujeto fue que al verlo hablar en la sesión le pareció hombre ligero y medio loco. Pero más que todo, extrañó que estando ocho días esperando una satisfacción de los Jesuitas, ni el P. Moga, ni el Superior, ni otro alguno se presentó en su palacio. Aunque como hemos dicho, más estaban éstos para huir que no para pensar en dar satisfacciones de faltas que no habían imaginado les perteneciesen; sin embargo, sobre todo en el P. Moga hubo en esto algún descuido o temor siquiera por atención a la autoridad, debiera haberse presentado. No así el Superior y los demás, quienes sabido es de todos más bien disgusto que ninguna otra cosa tuvieron en el Centenario. De nada de esto se hizo cargo el Sr. Lluch, ni quiso oír las reflexiones que sobre el escándalo que causarían sus medidas le hizo una persona imparcial y deseosa del bien de la Iglesia y de la Compañía.

Entre los aplausos de los liberales y de los masones que habían causado tantos escándalos para evitar que el Centenario lo celebrasen los católicos, disolvió la Asociación de Jó-

venes de la Inmaculada por carlista y alborotadora. Atribuíanles ser causa de los desórdenes causados. Disminuía las blasfemias de los malvados, diciendo no haber gritado muera la Inmaculada, sino los Inmaculados; ni haber dado otros mueras que los contrarios a los vivas que se dieron en las sesiones del Alcázar. Y prohibió las funciones de desagravio. Esta conducta inconcebible sublevó los ánimos de los verdaderos católicos. Le creían unido a los liberales. Se escribieron varias protestas que se remitieron al Nuncio llenas de firmas, pidiendo se habriese (sic) una información sobre los hechos. Estaban los católicos afligidos y escandalizados. De Roma, parece, vino la orden para que se devolviesen las licencias al P. Moga. De Roma obtuvo permiso la congregación de San Pedro *ad Vincula* para hacer una solemne función de desagravios. Continuaba aquí la prohibición. El Boletín Eclesiástico dio un nuevo golpe a los buenos con un artículo titulado *La Verdad del Centenario*, en que se confirmaba estas ideas, y parecía querer justificar la conducta de los liberales. Le refutó admirablemente D. Francisco Mateos Gago, poniendo la verdad, como antes había hecho en su verdadero punto de vista (Véase el periódico *El Siglo Futuro*. Junio, 1883).

Así continuaron las cosas, deseando el Señor y otros que el P. Moga saliese de Sevilla y éste trabajando en vano por levantar su disuelta Asociación. Ya se empezaron a permitir las funciones de desagravio. El Señor Arzobispo después de haber sido nombrado Cardenal cuyo hecho tanto celebraron los liberales, se retiró a su palacio de Umbrete (4 leguas de Sevilla) donde se acrecentaron sus padecimientos y murió a los tres meses sin recibir los sacramentos por falta de tiempo y abandono de su mayordomo Bernabé, quien de algunos años a esta parte, a pesar de su ineptitud e ignorancia, era el hombre de confianza y consejo del señor Lluch. Por eso se cometieron tantas faltas en su Gobierno mientras estuvo en Sevilla. Dios le haya perdonado. Era de excelente corazón, muy amigo de los pobres; pero deseoso de estar siempre bien aún con los malos, sobre todo tratándose de Gobierno, fue causa de que en sus tiempos sufriese mucho la Religión por su miedo de no ponerse mal con los liberales, aunque

se escandalizasen de esto los católicos fervorosos. Le importaba esto bien poco. *Volebat esse quietus et inconcussus.*

Con motivo de estarse edificando el Colegio de Málaga los Sevillanos que durante 12 años no habían pensado en Colegio, empezaron a moverse por el sentimiento de que los dejábamos. Ya pasaba la suscripción de 10.000 duros con esperanzas de que se aumentasen. El P. Sanz y Moga lo promovieron entre sus amigos. Se pidió permiso al P. Provincial. La respuesta fue que no teniendo personal para dos Colegios y existiendo el compromiso con Málaga era imposible el de Sevilla. Acudieron al P. General con una Solicitud firmada por el Sr. Arzobispo, el Obispo de Milo, el Cabildo y gran número de personas importantes de Sevilla. Después de mucha espera la respuesta fue semejante a la del P. Provincial. Mucho lo sintieron las personas que tenían con nosotros sus hijos. Algunos creyeron que no siendo conveniente, como era verdad, que empezase el Colegio de Málaga con todas las clases de 2.^a Enseñanza, podían quedar en Sevilla sobre todo las Clases Superiores. No parecía creíble, decían, que para echar los fundamentos de un colegio, se admitan al principio toda clase de niños despedidos muchos de ellos de otros colegios, y que por su mucha edad es probable sean incorregibles.

¡Por otra parte están las obras del Colegio suficientemente adelantadas para que pueda ser habitado! ¿No dicen que no hay dinero y no hay puertas, ni ventanas, ni escaleras, ni cocina, etc., etc.? Además estando en tan excelentes condiciones el de Sevilla, ¿a qué viene el afán y precipitación de abandonarle? ¿no sería mejor continuar este año y arreglar cómodamente el de Málaga? Así razonaban algunos, y no dejaban de hacer fuerza a muchos sus argumentos. Pero poco les servirá.

Después de haberse examinado los niños con mucho brillo en el Instituto, omitida por las circunstancias la Solemne Distribución de Premios, se empezó a toda prisa a destruir el Colegio. Los P.P. salieron en seguida para el Colegio del Puerto, sin darse la razón de tanta precipitación. Empaquetados todos los muebles y puestos en camino de Málaga, también

todos los Coadjutores sin excepción alguna se dirigieron al Puerto. No acertaban algunos a explicarse esta especie de misterio. Un trabajo indecible había costado cargar 19 vagones de muebles. ¿Quién los descargaba en Málaga? ¿quién estaba encargado de transportarlos desde la Estación al Colegio? ¿quién los recibía en éste, los colocaba en orden y cuidaba de que no los robasen? ¿por qué no ir allá directamente los Coadjutores? Esto decía el vulgo y se daba la conjetura que el tiempo se encargó de aclarar. La razón era que el Colegio estaba tan atrasado que ni en mes y medio podía en él prepararse aún la comida ni tenía habitaciones medianamente habilitadas en que pudieran vivir los nuestros.

Esta ausencia, como es natural, causó en los muebles que llegaron un desorden espantoso. Muchos se destrozaron, otros debieron perderse: se amontonaron en los tránsitos en confusión indescriptible. Providencia ha sido de Dios que con tanto abandono no haya desaparecido la mitad.

En el Puerto tuvieron los P.P. unas vacaciones regulares, tomaron baños de mar los que pudieron. Les dio los Ejercicios el P. Tomás Suárez, Superior de la Residencia de Málaga. Después de estos que concluyeron el 15 de Agosto empezó la gente a salir para su destino. Los que pertenecían al Colegio de Málaga permanecieron allí hasta mediados de Septiembre. En Sevilla se quedaron el P. Solís y el P. García para entregar las llaves del abandonado Colegio. Como recuerdo, séanos permitido hacer aquí de él una breve reseña.

El Colegio de Sevilla.

Cuando en 1868 estalló la revolución y arrojó a los Jesuitas de sus Colegios y casas, el P. Francisco Fernández que estaba de Superior en el Seminario de Canarias vino oculta-mente a Sevilla y con dos Coadjutores abrió allí su pequeño Colegio. Se hizo con todo disimulo por estar prohibido expresamente los Jesuitas en Sevilla.

Pronto reunió bastantes alumnos por concurrir los hijos de nuestros amigos. Habían éstos abierto antes otro Colegio dirigido por un Sacerdote, pero continuó con tan mal que

tuvieron que cerrarle. Pasada la primera efervescencia de la Junta revolucionaria y establecido en Madrid un Gobierno formal ya pudo el P. Fernández cuyo talento y habilidad ganaban las voluntades de cuantos le trataban, salir de la calle de Santa Teresa y tomar en la de Argote de Molina, 19, una casa más cómoda y capaz para los de la 2.^a Enseñanza y dejando la 1.^a casa para los más pequeños. El P. Fernández se había hecho cargo de este Colegio y lo dirigía, pero corría con las cuentas de los gastos una Junta de Padres de Familia. Esto como era natural se prestaba a tener disgustos. Por eso se trató bien pronto y se consiguió el que nada tuviesen que ver los seculares en el Colegio. Este se iba llenando de niños tanto que al poco tiempo hubo que tomar las dos casas adjuntas. Los Profesores vestían de seculares y así continuaron cinco o seis años. Eran ayudados éstos por seculares. No concebía el P. Fernández sin estos requisitos el Colegio. Las circunstancias eran difíciles. Es lo cierto que a pesar de la revolución carlista y cantonalismo que hubo en Sevilla nada padeció el Colegio. Así continuó cuatro o más años enviando personal el P. Provincial, aunque no todos estaban a gusto con la dirección del P. Fernández. En el Colegio se estudiaba mucho y solían ser muy brillantes los exámenes, pero ni se seguía el *Ratio Studiorum*, ni la vida de nuestros jóvenes Maestros era muy conforme en general a nuestros usos y costumbres. A esto se atribuyeron muchos la salida del H. S. Ruiz que puesto por el P. Fernández al frente de los de Instrucción Primaria en Santa Teresa, no dio poco que hablar por lo elegante de sus trajes y su vida aseglarada.

Así continuaba dando como hemos dicho excelentes resultados en los estudios y no pudiendo satisfacer por falta de local las numerosas peticiones de alumnos. Enfermo el P. Fernández, el excelente, santo y nunca bastantemente alabado P. Berasátegui lo llevó adelante con tal prudencia y circunspección que aprovechando todo lo bueno antiguo levantó el Colegio a ser el modelo de todos los nuestros de España, aunque algo le perjudicaron los que le siguieron por su abandono, condescendencia y modo especial de ver las cosas en los Colegios, conservó sin embargo su lustre y esplendor hasta

que se cerró en 1882. Debe atribuirse esto sobre todo al rigor que se tuvo en tiempos del Rector P. Rabanal para despedir los niños que por sus faltas morales, falta de talento y desaplicación exigían más castigo que los de ordinario se usan en nuestros Colegios. Yerran los que creen poder conservar sin esta medida en todo su vigor la moralidad escolar. Ni hay que temer produzca en los de fuera mal efecto como algunos han sostenido.

De dos medios se sirvió para estimular los jóvenes al estudio. En los primeros tiempos de su extensión había todos los Domingos una Academia o examen General de las materias estudiadas durante la semana. Asistían y preguntaban todos los profesores y preguntaba cada cual a sus discípulos. Con esto se obtenía que los Sábados y Domingos en que de ordinario no estudian los alumnos, trabajasen más que los demás días. Se quitó más tarde esta Academia, porque no se había pedido antes ni en el Puerto ni en Carmona.

Era el segundo el examen riguroso que en el Colegio se tenía a fin de curso, establecido por el P. Provincial Juan José de la Torre. Se llevó a efecto con exactitud; y niños hubo que habiendo salido suspensos en casa y sidos aprobados en el Instituto tuvieron que repetir el año. Los que no quisieron acomodarse a éste, no se admitían en el Colegio. Algunos juzgaron excesivo este rigor, y aflojaron en los exámenes, ya que no les era dado quitarlos por completo. Lo que yo sé decir es que en el Instituto con estos exámenes se levantó muy alto el nombre de nuestro Colegio, y que los alumnos a ellos se atenían cuando celebraban las notas de sus estudios. *Ser non omnes capiunt verbum istud.*

Mas a causa del local había necesidad urgente de sacarle de allí. Dos o tres años que fue muy lluvioso el invierno se desarrollaron enfermedades que pusieron en peligro la vida de varios niños y la existencia del Colegio. Es cierto que en los trece años no murió ninguno, pero más que otra cosa fue providencia de Dios. Por otra parte era pequeño el número de niños que podía admitirse y era necesario tener ocupado todo el personal de un Colegio grande.

Lo que maravilló a todos es que se conservase en el mis-

mo *status quo* sin adelantar un paso desde que faltó el P. Fernández. Influyó en esto el estar tan cerca el Puerto de Santa María y más aún el mismo natural de los Superiores, que o nada les satisfacía de cuanto se buscaba para Colegio, o no trabajaron con eficacia para que los sevillanos se moviesen a edificarnos nuevo edificio. Lo que últimamente ofrecieron antes se pudiera haber conseguido. Es Sevilla un punto excelente para un gran Colegio nuestro. Sin quitar alumnos a los del Puerto puede pasar el número de 200. Solamente la ciudad pudiera dar este contingente. Por otra parte no es decible el bien que pudiera hacerse en los prójimos, ya trabajando los profesores con los P.P. de la Residencia, ya aconsejando, ya dirigiendo, ya animando a cuantos trabajan entre los católicos en bien de la Religión y de la Sociedad.

Al personal que después del P. Fernández tuvo esta casa fue debido en gran parte sí no en todo su buen resultado y que con razón se le pusiese como modelo de los demás de España, sobresalieron los P.P. Rabanal, Berasátegui, Sánchez Prieto y entre los H.H., Gil, Guillén, Ramón Martínez, López Pajares, etc. Sin hablar de otros muchos que por su buen espíritu religioso y por su aplicación al trabajo contribuyeron poderosamente a mantener a grande altura la disciplina escolar y el aprovechamiento en los estudios. Ya sé que no faltó a quien le parecía demasiado rigor la facilidad de despedir los niños que no adelantaban o cometían faltas más o menos graves. La experiencia hará evidente que sin esto tarde o temprano vienen a tierra todos los Colegios, después de haber causado la ruina moral de muchos inocentes, sin evitar la aversión que naturalmente tienen los jóvenes al Colegio, que es el desiderátum a que se dirigen los esfuerzos o, mejor dicho, los deseos ineficaces y perjudiciales de esta benigna escuela.

Colegio de Málaga —1882—.

Se edificó este Colegio por una Sociedad de Padres de Familia que deseosos de dar a sus hijos una educación expresada y cristiana, se reunieron y propusieron adelantar el

dinero que fuese necesario para construir este magnífico edificio. Se hizo demasiado aprisa debido a la actividad del P. Vélez. Es un asombro que en diez meses se levantase y con poco más se habilitase para abrir en el Curso de 1882 a 83. Se resiente de esta precipitación. Y por mucho que se le cuide no creo tendrá muchos siglos de existencia. Muchas dificultades hubo que vencer, que sólo pudo hacerlo la eficacia del P. Vélez. Mas al fin se consiguió abrir el curso. Los R.º trabajaron como peones. Muchos de los muebles de Sevilla, como ni aún siquiera había local para guardarlos, se destrozaron. Todo se sacrificaba a la idea de inaugurar el Colegio el primer día de Octubre. Como ésta había de ser pública, cuanto no contribuía a su esplendor, todo servía de estorbo. Mucho sufrieron la Biblioteca y los muebles más apreciables con esta confusión.

Se inauguró con bastante solemnidad el 2.º de Octubre. Asistieron la Junta Constructora y las personas más distinguidas de la ciudad, menos el Instituto que se disgustó porque el día antes no habíamos nosotros concurrido a su inauguración de curso. Se redujo nuestra función a una Misa Cantada de Espíritu Santo, y a pronunciar después un discurso alusivo al acto el P. Rector. Entraron unos 90 niños, desechos la mayor parte del Puerto y otros colegios. Como había poca gente era natural que se admitiese a todo el que se presentase. No pareció a algunos este método muy a propósito para dar principio a un Colegio, pero hay casos en los que las circunstancias lo alteran todo. Empezó el curso con esta mezcolanza y abigarrada variedad de niños. Se suprimieron los Rudimentos y aún el examen de ingreso, con lo que se formó como fundamento una numerosa clase de latín en la cual muchos ni sabían escribir.

Puerto de Santa María —1883—.

Después de haber parado en los baños de Villaharta (Córdoba) la mitad del mes de Septiembre para reparar la quebrantada salud; me dirigí al Colegio del Puerto de Santa María. Notable por su posición, por la grandez y hermosura

del edificio, por las reparaciones y cambios que ha sufrido en estos últimos tiempo es a no dudarlo uno de los mejores Colegios de Europa. El método que él seguía para el buen orden de los alumnos era el tener muchas divisiones y muchas clases: método excelente si fuera posible tenerlo sin emplear tantos sujetos. No me gustó la demasiada importancia que se daba a las fútiles quejas de las familias de los niños en lo referente a lecciones, tiempos de clase, comidas, etc., y la poca atención en cambio de las quejas de los profesores.

Se echaba de menos, debido sin duda a los años anteriores, el crédito para con los profesores del Instituto. Era extraño que después de tanto tiempo aún le considerase, con corta diferencia como un Colegio de seglares. Sin atender a las notas del curso, ni a la opinión que de los niños tenía formada su propio profesor y a pesar de eso se dice que estamos en buena armonía con el Instituto. Pero es lo cierto que la tiranía más horrible pesa con este sistema sobre la enseñanza en España.

En los Institutos y Universidades con raras excepciones no se estudia una palabra. Los profesores en vez de enseñar la verdadera ciencia, como dueños absolutos y despóticos de sus clases y de las de los Colegios, y necesitados por otra parte por la módica remuneración que les da el Gobierno; convierten la ciencia en grangería publicando libros de texto y programas insustanciales, que obligan a causa del lucro y por temor de sus injusticias en los exámenes a que se estudien en todas aquellas clases cuyas asignaturas ellos representan ¿a qué conduce en una clase de primero de latín que los alumnos estudien como de prolegómenos cincuenta lecciones de Sáscrito (sic)? ¿A qué viene en la Historia elemental emplear veinte o treinta lecciones en los descubrimientos prehistóricos o fabulosos y llenos de opiniones y nuevas conjeturas?...

Si prescindimos de la parte doctrinal. No puede ser más triste ver que a hijos de católicos se les obligue a estudiar libros de texto plagados de errores y de herejías. A esto se añade que habiéndose apoderado de la enseñanza oficial hombres por lo general impíos o indiferentes en religión es casi

imposible no estén inficionados de cierta animosidad y aversión contra todo lo que por parte de los religiosos tiende a rebajar o disminuir, como de hecho sucede el prestigio de la desacreditada enseñanza del Estado. De aquí, aún prescindiendo de aquellos profesores que sin conciencia, ni honor hacen guerra abierta a los Institutos religiosos, y sólo por esto suspenden a cuantos alumnos de éstos se les presentan: los menos fieros y aún los que se venden por amigos procuran sistemáticamente no apreciar los brillantes exámenes de muchos alumnos, rebajarles las notas y en una palabra, hacen todo lo posible para que los estudiosos y que poseen la asignatura, sólo porque no fueron sus alumnos se igualan y aún tengan peores calificaciones que los haraganes, y los que durante el curso en vez de estudiar emplearon el tiempo en teatros, diversiones y lupanares.

He aquí una prueba. Como testigo de vista puedo asegurar que en los Institutos de Málaga, Sevilla, Jerez y Bilbao parece haberse dado la consigna que la nota de sobresaliente se ha de dar, no en proporción de los que la merezcan por sus brillantes exámenes, sino en proporción del número de alumnos de aquella asignatura. Si una asignatura, v. gr. tiene nueve alumnos (histórico), aunque todos merezcan la dicha nota se tienen que contentar sin embargo, con que la lleven la mitad o la tercera parte, solo por la razón de que son nueve y no son cuarenta los alumnos de aquella clase. Parece esto increíble, y sin embargo, se hace sin ambages ni mistificaciones; se dice públicamente sin empacho alguno por hombres encanecidos en la enseñanza. Y que pasan por ser los representantes de la ciencia.

El perjuicio que esto causa a la ciencia es incalculable. Al ver las gentes que los que llevan mejores notas no son los que más estudian sino los que acuden a los establecimientos oficiales, se acostumbran a prescindir de la ciencia, y lo que buscan es hacer cuanto antes con los títulos de una carrera, con la cual aunque sea un ignorante al abrigo de cuatro empeños, consiga el sujeto un empleo, se engolfa en la política y con escribir mal y hablar peor y no saber una palabra de

su facultad; pase sin embargo ante los hombres con el verdadero representante de la sociedad y aún de la ciencia.

Los jóvenes estudiosos al ver convertida la ciencia en cuestión de interés y de influencias políticas, como no es posible que a su edad sepan apreciar lo que vale, ni se despierte en ellos aún la afición al saber; se sigue naturalmente que pierdan el entusiasmo por el estudio, se desanimen, cobren hastío al trabajo y concluyan como los otros por seguir las inspiraciones de la holgazanería. Para nuestros colegios es ya un motivo de desorden. Porque al ver los niños aplicados y que no han perdido un instante de tiempo en todo el curso, llevando las primeras notas con aprobación y aplauso de sus Profesores, al ver digo que de los exámenes oficiales o por desprecio de los examinadores o por influencias externas e intereses de familia los igualan y aún les superan en las notas los que aborrecen el estudio y no dan una lección buena en todo el año, no pueden menos de impresionar de tal suerte sus almas que sabido lo que cuesta la virtud y el trabajo se comprenderá lo difícil que al año siguiente les será conservar el mismo amor al estudio, la misma abnegación y sacrificio.

A tan triste situación está reducida la enseñanza en nuestra España. Nuestros Colegios con ser los establecimientos más concurridos y donde mejor se estudia, ni pueden tener sin exponerse a las iras de los Profesores Oficiales un libro de texto propio, ni dar por lo mismo sólida enseñanza a sus alumnos, sin valerse del incentivo de los exámenes para hacerles estudiar; en una palabra, difícilmente pudiera haberse hallado un sistema que pusiese más trabas a la instrucción de la juventud y a la propagación de la Ciencia. El lucro y las influencias lo ahogan todo: el aprender es lo de menos. Para el profesor su clase es una mina que es necesario saber explotar. Se escribe sin tino ni ciencia un libro de texto, se impone a los discípulos que quieran ganar un curso a un precio subidísimo, poco importa que sea inútil y disparatado; el caso es hacer negocio. Se han dado caso de tener los alumnos que comprar tales libros de texto y luego hacerles la gracia de que estudien por otros.

¿Y los exámenes? He aquí otro dorado filón. En cierta Universidad se formó causa a un profesor porque vendía a onza la nota de sobresaliente. Las influencias, las recomendaciones y otro sinnúmero de miserias humanas convierten los exámenes en una comedia bufa y hácese iguales los tontos y haraganes con los más avisados y estudiosos. Para conseguir este objeto y ponerse a cubierto de quejas y murmuraciones se valen algunos profesores de un medio verdaderamente ingenioso. Es éste hacer programas larguísimos, y siendo para niños que apenas tienen uso de razón, atestarlos de cuestiones difícilísimas, que aún serían exorbitantes para los que estudian facultad y no sé si también para los mismos autores. Con esto se hace imposible que niño alguno esté bien preparado para el examen, y por lo mismo que el aprobarlo o suspenderle, dependa absolutamente de la voluntad del examinador. Sólo accidentalmente toma allí parte la ciencia.

De esto puede calcularse las dificultades a veces insuperables, con que tropiezan los Colegios particulares. A los nuestros les es imposible el observar el *Ratio Studiorum*. Y aunque los PP. de alguna Provincia se han propuesto llevarle adelante, es a cambio de innumerables sacrificios de continuos disgustos con los Institutos, y muchas veces con perjuicios no pequeños de parte de los alumnos y de los Colegios.

Caminamos a la barbarie. Si la ciencia se sostiene, no será debido a la enseñanza pública. Sus leyes calcadas sobre el poder ilimitado del Estado, impide que el saber se desenvuelva sin trabas entre los particulares. La organización de los Institutos y Universidades imponiéndose como peso abrumador ahoga y sofoca cuantos esfuerzos hagan los que por deber, afición o necesidad quieren seguir los estudios con toda la solidez, extensión y fruto que exige la verdadera ciencia. Hemos dicho.

(Y omitimos hablar de los inmensos peligros que con este régimen corre la *Iglesia y la Religión*) Mas que de la enseñanza pública a la sombra de Gobiernos perversos se van apoderando los impíos y masones. Es natural que cada día vayan en aumento. El espíritu de cuerpo los hace hostiles a toda

enseñanza extraña, y la impiedad a toda enseñanza religiosa. Al presente que aún esta conspiración no se manifiesta a las claras, y que está muy lejos de ser general; se la ve de vez en cuando, asomar su cabeza repugnante y producir sus efectos. Este mismo año en un Colegio de PP. Escolapios dejó cierto Instituto a 70 o más niños suspensos, sólo por un disgusto insignificante con los Profesores o porque no les dieron la Luna. En otro Colegio S.J. esos mismo Profesores suspendieron a todos los de instrucción primaria, a pesar de estar admirablemente preparados. En otro tenían los niños hasta tres horas examinándolos, burlándose hasta la saciedad, prolongando la estancia en el colegio para que las dietas subieran a una cantidad exorbitante.

Y estos desafueros, sin embargo, que con los tiempos que atravesamos, se extenderán sin remedio; no están previstos por ninguna ley; en suerte que sin peligro de equivocarnos podemos augurar los grandes trabajos con que en días no lejanos irá adelante la enseñanza privada. Y basta por ahora de esta materia.

Los exámenes del Colegio del Puerto fueron regulares. Emplearon los examinadores demasiado tiempo mas si exceptuamos lo que arriba dijimos de las *Notas*, nada puede desearse de su buen comportamiento. Por eso advierto que lo que arriba dije debe atribuirse al sistema de Enseñanza, expuesto sin remedio a esos peligros, no a los particulares, que, como es sabido, en todos los Institutos y en todas las Universidades del Estado hay y habrá siempre honrosas excepciones.

Se concluyó el *curso* con una solemne Distribución de Premios, precedida de una Academia Poética.

En materias políticas continuó la división cada día mayor entre los católicos puros y los *mestizos*. Favorecidos estos por Roma hasta el punto de venir por eso nuevo Nuncio, y por el Gobierno de Cánovas del Castillo; no es decible cuánto se extendieron. Con la entrada de Pidal en el Ministerio, se creó

poder formar un partido fuerte católico que pudiera oponerse a la revolución. Los Obispos, salvo pocas excepciones, creyeron ver en ello la salvación de España; el Nuncio trabajó denodadamente por destruir el partido carlista, juzgándole un obstáculo para que los mestizos consiguiesen realizar sus ideales.

Se le hizo un llamamiento, y no se perdonó medio para que renunciase a sus principios.

Formóse al intento una Unión Católica que realmente era política. Se engañó con ella a algunos tontos o desesperados carlistas. Se fundó un periódico por el estilo que algunos Obispos recomendaron a su Clero y aún obligaron a pagar con el dinero de la fábrica su suscripción. Dio ésta naturalmente sus escándalos. Se dio el raro fenómeno de que tendiendo estos manejos a destruir el partido carlista y robustecer los derechos de Alfonso, sin embargo, jamás se hicieron más protestas y se inculcó más a los eclesiásticos de no meterse en política.

Hay que partir del principio que en España, después de la publicación del *Syllabus*, los verdaderos católicos, los que frecuentan las iglesias, confiesan visitar los enfermos y se ejercitan en otras obras de caridad y misericordia, aunque están muy lejos de confundir el catolicismo con el Carlismo; sin embargo, como es evidente para ellos que es el único partido puramente católico, y el único que algún día puede favorecer a la Iglesia y hacer más llevadera su triste situación en España; aún prescindiendo de toda política, necesariamente si manifiestamente no se alistan en esta bandera, no pueden menos de tener por ella su simpatías y oponerse a cuanto tiende a destruirla. Por eso es tan numeroso en España el partido Carlista.

Pero dicen es pobre, es el pueblo y para quien no conoce a España es imposible su subida al poder. Por otra parte, ya no estamos entiempos de pensar en restauraciones enteramente católicas. Hay que ir con la revolución: sacar de ella el bien que se pueda. Lo demás es ilusión. Por lo tanto, el partido Carlista debe hacerse o mestizo o católico-liberal o conservador, de lo contrario debe desaparecer. Y como su fuerza

de unión está en el catolicismo de sus principios, desprestigiando éstos o no dándoles importancia, o diciéndoles a cada paso que confunden la política con la religión fuerza es que el tal partido pierda terreno cada día, y concluya por renegar de sus ideales y tender una mano amiga a los que siempre le hicieron guerra sin cuartel.

Sin embargo, hasta el presente pocas han sido las deserciones, a pesar de haberse puesto en movimiento toda clase de maniobras. *El Siglo Futuro* ha estado amenazado de muerte por la parte eclesiástica. Los fundadores de la Unión Católica empezaron a disfrutar de pingües empleos políticos. Los eclesiásticos intransigentes, postergados a los que manifiestamente hacían alarde de liberales. El Nuncio, sustituido por otro más en armonía con este Gobierno. Se prohibió a los eclesiásticos hablar de cuanto se refería a este estado de cosas, sobre todo si eran en contra. No había tantos escrúpulos con sus favorecedores.

Hubo, sin embargo, obispos como el de Tarazona, Plascencia y la Seo de Urgel, que en medio de tanta abyección hicieron oír su voz independiente defendiendo la religión y echando en cara a los Ministros sus inconsecuencias y apostasías.

Así pasó el año 1884 y parte del 85.

1884 —Octubre—

En Valladolid tristísima fue la impresión que me causó la primera ciudad de Castilla la Vieja que veía después de catorce años. Estado acostumbrado a ver la incredulidad y el vicio pasearse triunfante por lla muelle Andalucía. Pero en esta ciudad observé además cierta perversión fría y calculada, más dolorosa a mi juicio y de más tristes consecuencias que los arrebatos inconscientes de un carácter extremoso alimentado con el fuego de ardorosas pasiones.

Hermoso edificio han levantado allí nuestros PP. En él se establece la Universidad de la Guardia, además en la 2.^a Enseñanza. Los vallisoletanos, sin embargo, la han mirado desde un principio con horror. Lo dice a voces la misma fealdad de alineación con que obligaron a levantar las paredes maestras; lo miserable en conceder terrenos hasta para her-

mosear las calles y plazas que le rodean y el promover obstáculos y dificultades de todas clases para entorpecer el que fuera se adelante. Ya sé que hay honrosas excepciones, pero los latrocinios que encierra el Museo, el abandono de las bibliotecas, el despilfarro de los archivos, son pruebas más que suficientes para demostrar que la sociedad pudiente de aquella ciudad se ha criado bajo la sombra del árbol de la libertad, y alimentado con la sustancia y jugo de las posesiones de los conventos. ¡Qué espectáculo tan desolador presentan aquellos montones de esculturas en el Museo! Unas, mutiladas por la mano vandálica que las arrebató a sus legítimos dueños. Otras, arrancadas de preciosos retablos que fueron el asombro del arte y el testimonio evidente de la vida fe de nuestros mayores; yacen de aquí para allí como errantes piedras dislocadas publicando a la faz del mundo el crimen refoz del pueblo que cometió tan horrible latrocinio.

Trozos de altares, sagrarios, aras, crucifijos, apostolados, mártires verdugos y tiranos, todo forma allí un conjunto indescriptible que si al artista indiferente puede causar alguna satisfacción de que el vandalismo salvaje de aquella ciudad no haya convertido en cenizas tantas bellezas artísticas; el serio pensador racionalista o católico concibe lleno de pavor al contemplar aquella escena de desolación y de iniquidad que el genio exterminador de la revolución dejó grabado en estos monumentos imperecederos su idio infernal a Dios y su instinto vandálico de destrucción.

Visité varias bibliotecas y archivos. Pero los tesoros literarios de aquéllas han desaparecido por el abandono que en algunos años estuvieron. Los archivos, si se exceptúa el de la Audiencia, es una compasión el verlos. En 1845 se dio una ley por la que se ordenaba que todos los archivos de los conventos y de las iglesias se entregasen al Gobierno Civil. Se ejecutó la ley con el rigor que entonces se les legaba en todo lo referente a la Iglesia. Pero el Gobierno no se cuidó de preparar bibliotecas o habitaciones para colocarlos. Se amontonaron en corrales, sótanos, tránsitos sin orden ni concierto en la mayor confusión y abandono. No sabemos por qué no le pegaron fuego. Cada cual llevaba los que mejor le parecían. Se dio en

Valladolid caso de vender en las tabernas y especerías muchos quintales los subalternos. Así se explica que el proceso original que la Inquisición formó contra Fr. Luis de León se encontrase casualmente en el baúl de un trabajador del Canal de Castilla.

¡Qué riqueza de manuscritos no desapareció entonces! Los trabajos de muchos sudores y vigiliás, lo que había de servir para ilustrar las inteligencias de las generaciones venideras, lo que se conservaba como sagrado en aquellos centros de sabiduría, para celebrar a nuestros antepasados y refutar las calumnias de los enemigos de nuestra nación y de nuestra fe se aglomeraron. Se confundían, se despreciaba, se destruía, o se estimaba en menos que el abono de los campos o los harapos inmundos que por las calles y plazas recogen entre las burlas del pueblo los necesitados y hambrientos. Todo porque en estos documentos iba envuelto el nombre de religión. Odio más propio que de hombres de crueles fieras. ¡Qué baldón para los españoles!

Eran aquellos los tiempos clásicos del liberalismo. Se formaba este partido con los latrocinios de los conventos y la persecución de los frailes. El destruir y aniquilar hasta el nombre de éstos, a más de ser una gloria, un mérito para ganarse la confianza del partido, envolvía para los particulares grande interés y crédito, inicuaamente adquiridos, cuya existencia dependía de hacer desaparecer estos documentos y borrar si les fuera posible la historia de lo pasado.

No es pues de maravillar que se encuentren en los Gobiernos Civiles de las provincias hacinados y revueltos en grandes montones legajos y más legajos sin orden ni concierto alguno, llenos de polvo o pudriéndose con la humedad y expuestos a la curiosidad o el interés de cuantos empleados y gentes ignorantes entran en aquellos inmensos salones. Estos llevan, quitan o ponen cuanto les da la gana sin que orden alguna se lo impidan. Así desaparecieron del de Valladolid preciosas bulas originales de los siglos XIII y XIV de grandísima importancia para la historia religiosa de Valladolid. ¡Tan grande es el abandono!

Y es lo más triste que si algún inteligente en la materia

pretende sacar de allí algún manuscrito, entonces se conmueven todos los Dioses del Olimpo, se recuerdan todas las ordenanzas y pragmáticas, se le sujeta a todas las formalidades oficinescas y se concluya por cansarle la paciencia y obligarle a que desista de tamaña pretensión.

Es decir, que tales documentos, por importantes que puedan ser, están destinados a perecer.

Me prometió un aficionado a las antigüedades, miembro de la comisión de monumentos, que trabajaría por si se podía evitar la destrucción. No sé qué habrá conseguido. Supongo atendida la materia de que se trata que los artistas que vieron impasible a su autoridad con la mayor sangre fría y con todas las formalidades de costumbre decretar el romper todas las campanas de las iglesias tomasen con bastante indiferencia la conservación o destrucción de los papeles de los conventos. ¡Qué les importa la historia y qué la gloria de Felipe II o de cualquier otro Rey católico! *Tempi e passati*.

1885 —Enero—

Palencia.—Tuvimos un riguroso invierno. Yo mejoré de salud y pude trabajar en la viña del Señor. Con la fundación del Apostolado de la Oración de las Escuelas Dominicales y de Señoritas, y el visitar los talleres de mantas, el Círculo de Obreros, escuelas y catecismos; no es decible el grande impulso que se dio al espíritu y fervor de los palentinos. Se echaba de menos la piedad en las gentes acomodadas y muchas desidias o al menos poquísimo celo en las personas eclesiásticas. Esto, no obstante, en pocas diócesis de España hay más religión y piedad que en la de Palencia.

Encontré casi completa la biblioteca de nuestro antiguo Colegio. El señor Obispo tuvo la bondad de permitirme sacar como unos doscientos volúmenes pertenecientes a la historia de la Compañía. Se conservan en el Palacio Episcopal, por supuesto, cubiertos los libros de polvo sin que nadie los toque en muchos años.

E nel Instituto hay una biblioteca en el mayor abandono de libros eclesiásticos que pudieran en cualquier Colegio nuestro hacernos excelente servicio.

Pero la biblioteca por excelencia es la de la Catedral. Fundada por el Canónigo y Cronista de Felipe IV, Pérez del Pulgar, encierra en sí preciosos tesoros, sobre todo en lo referente a la historia de España, de las Indias y de toda Europa. Conserva muchos y buenos manuscritos. Es un verdadero tesoro, pero escondido y soterrado, puesto que nadie lo disfruta.

También es precioso y está admirablemente arreglado el Archivo de la Catedral. Su Índice es obra maestra. Los papeles todos se refieren a los bienes que tenía el Cabildo y a sus privilegios.

También en la biblioteca del Seminario observé que había muchos libros.

En la Catedral se encuentran muchas preciosidades artísticas en cuadros, retablos, tapices, ornamentos, relicarios, etcétera. Y la misma Catedral, por la pureza de su estilo gótico, merece ser visitada por todos los aficionados a esta clase de estudios.

Cuando yo me disponía a utilizar a mi modo estos conocimientos recibí la orden de salir para Bilbao.

En cuanto a política, observé que casi todo el Clero era mestizo. El señor Obispo, hombre santo y de muy buenos deseos, pero tímido y apocado, se dejaba arrastrar tras esas apariencias de bien con que a tantos hombres de bien han engañado los campeones del misticismo.

Julio

En Bilbao.—Se publicaba en Bilbao hacía dos o tres años *El Mensajero del Corazón de Jesús*, y se había establecido allí el centro del Apostolado de la Oración para toda España. Se trataba también de reimprimir los *Varones Ilustres de la Compañía*. Por estas razones me llevaron a Bilbao.

El Mensajero, aunque por estar representado y escrito por PP. de la Compañía, se iba extendiendo mucho, como en el director, aunque hubiese buena voluntad, faltasen las cualidades necesarias; llevaba una vida pobre y eran de poquísimas importancia sus publicaciones. Quiso el P. Provincial poner a esto remedio trayendo personas que juntasen a su

talento y discreción la facilidad de escribir. Porque no solamente en la parte de redacción estaba por los suelos, sino también en la administración y parte material, había tal confusión y desorden que sin arreglarlo radicalmente era imposible sostenerlo.

Se trató de poner remedio a esto segundo aumentando el personal en la Administración e introduciendo varias divisiones entre *El Mensajero*, *El Apostolado* y los varios libretos y objetos de devoción que allí se vendían. Para el servicio de los suscriptores se introdujo un nuevo sistema de fajas inventado por el P. L. M., que está dando excelentes resultados. Se reduce a que se coloquen en grandes bastidores 500 números de suscriptores de cada una, siguiendo la numeración ordinaria.

Se suprimió el sistema de grandes listas y se introdujeron o mejoraron *las cartulinas* en que por orden alfabético constaba el nombre, apellidos con el número y demás señas del suscriptor. Con esto y la mejora que se introdujo en *El Mensajero* acrecentando su tamaño y publicando notables escritos serios y los célebres recreativos del P. Luis Coloma subió en poco tiempo la suscripción a 12.000 suscriptores. También se empezó a publicar la *Edición Pequeña*, con intención a lo que parece de hacer de la primera una revista que tratase cosas serias y trascendentales. No nos honra mucho que no haya habido fuerzas hasta el presente para llevar a efecto este hermoso plan.

En el Apostolado había también grande confusión: que la hacía mayor la que tuvo desde su fundación en Francia por el P. Ramiere. El afán de mezclar muchas cosas fue causa de que este buen Padre no se entendiese y se viese alguna vez en la precisión de pedir perdón de su error y de que el S. P. subsanase lo mal hecho. Desapareció el *Rosario viviente*.

En España, sin embargo, se acrecentaba esta devoción de una manera extraordinaria: se veía cumplida la profecía del V. Bernardo de Hoyos. No se daba a basto a expender papeletas o intenciones de mes y diplomas a los muchísimos centros que en toda España se formaban. Y como con esto iban unidas las cédulas, las instrucciones de Celadores, las

medallas y escapularios, unidos a esto la poca cabeza y el espíritu ruín y apocado del administrador: no es decirle la confusión y trastorno y por lo mismo la falta con el público. Personas hubo que sólo por esto dejaron la suscripción. Creíble es que sin este abandono hubieran llegado a 20.000 los abonados.

Se empezó también este año a publicar los Varones Ilustres de la Compañía, procurando que en cada tomo saliesen las vidas de una región o país. Abrazaba el primero las *Misiones del Japón*. Nada en ello se cambiaba, excepto la ortografía. Por ahorrar cuatro o seis pliegos de papel sale una edición bastante miserable. Muchas veces se reclamó. Todo fue inútil. Lo propio sucedió con los mapas de las Misiones que alguno proyectaba para que se pusiesen en cada tomo. Todo se quedó en planes porque no era idea de cierto sujeto.

En la residencia trabajaba extraordinariamente el R. P. Martín, hombre de sólida virtud y con grande celo de la salvación de las almas; consiguió en los cuatro años que estuvo en esta población aumentar sensiblemente su religión y piedad. En veintidós colegios enseñaba semanalmente la doctrina cristiana: organizó los catecismos durante las misas más concurridas de los domingos, teniendo él tres de ellos. Confesaba a los niños de esos Colegios y los del Hospicio, visitaba el hospital, los enfermos de las Hermanitas de los Pobres, daba ejercicios a religiosas, de noche y de día le llamaban incesantemente a confesar moribundos, él solo hacía los meses de marzo, mayo, junio y julio en honor de San José, la Virgen, el Corazón de Jesús y San Ignacio.

El levantó la Congregación de San Luis, para que muera por anemia a manos de otros; él estableció la Sociedad de Artistas Piosos; él fue el que varios años dio los Ejercicios de San Ignacio a los niños, a las criadas, a las señoras y al pueblo fiel de Bilbao.

No es pues de extrañar que ese mismo pueblo cuando él le invitaba a alguna procesión monstruo acudiese en masa a su llamamiento. Tal fue la procesión del Rosario en 1885 y la del Corazón de Jesús en 1886. Jamás vio aquella villa manifestación de fe más grandiosa. Y esto mismo, sin embargo,

desagradó a los curas, porque les parecía (*ut volet*) hacer demasiado ruido. Sobre todo, en la del Corazón de Jesús hubo verdadero empeño en que no fuera por la calle de San Francisco. Se trabajó con el señor Obispo (que asistió) para que lo impidiese. No accedió este señor y fue magnífica.

Y esto y su excesiva bondad para algún súbdito fueron, sin duda, ocasión que le sacasen de allí. Así y con lo que siguió debieron quedar complacidos los pacíficos párrocos. Pronto se echaron de ver los efectos. El comercio y tráfico asombroso de aquella villa atrae multitud de gentes advenedizas, y si no trabaja con energía el Clero las malas ideas de los forasteros ahogarán los buenos sentimientos de los bilbaínos.

Por este tiempo se fundaron varias casas religiosas. Los Carmelitas edificaron su convento, las Adoratrices el suyo y los Capuchinos el suyo, junto a San Mamés. También se establecieron en San Francisco las Esclavas del Corazón de Jesús, traídas por el P. Martín. Un P. de la Residencia les estuvo diciendo la misa casi siete meses.

Universidad. A la derecha de la ría, término de Deusto, distante dos kilómetros de Bilbao, está situado este magnífico edificio. Tiene 134 metros de largo y casi otro tanto de ancho. La fachada, de puro estilo bizantino con tres hermosas escalinatas, es de un aspecto magnífico.

La capilla, hecha a imitación de Santa Sofía, aunque a los semisabios parece de mal gusto, es la admiración de los inteligentes. Merecen llamar la atención sus proporciones, sus pinturas, su altar con preciosas esculturas y el órgano con que últimamente la han adornado.

Corresponde a esta magnificencia la espaciosa escalera. Arrancando del vestíbulo y de un tránsito opuesto se sube con pendiente suave por peldaños que imitan el mármol a la meseta o descanso, en donde se divide en cuatro subidas que terminan en los grandes tránsitos. Los arcos y las columnas pareadas que rodean su ámbito están distribuidas con tan buena proporción y trabajadas con tanta elegancia, que dan a todo el conjunto mucha hermosura y una grandiosidad regia.

No desdican de esto los patios, tránsito y aposentos del piso principal, por más que no corresponda el segundo piso con sus oscuros e irregulares corredores; tiene el defecto la parte edificada de que se ha empleado mucho en adornos y magnificencia y poco en utilidad. Parece increíble que un edificio de 134 metros de fachada y poco menos de fondo sólo tenga habitaciones para 120 alumnos. El remedio es no seguir el mismo plan en la parte que falta.

La historia de esta casa puede llenar muchos volúmenes. Hacia 1880 vino a Bilbao desde Sevilla el P. Manuel de Ysasi, rico comerciante que había sido antes de entrar en la Compañía. La idea de fundar una Universidad surgió de la apremiante necesidad en que se hallaban los jóvenes católicos de huir de las Universidades ateas del Gobierno. Se trató de fundarla en Vitoria, pero el caudal del P. Ysasi y sus buenas diligencias inclinaron la balanza en favor de Bilbao. Se repartieron acciones y se reunió una respetable cantidad de dinero. Pero, ¡qué de dificultades para elegir el sitio! Cada cual tenía su opinión distinta. Parecía sobresalir la opinión de don Pascual Ysasi, que quería se edificase en el ensanche... (ininteligible). P. Ysao, y después de mil vueltas y disgustos, se decide el Provincial porque se haga en Deusto. Mucho debieron influir los señores de Ybarra, que tanto cooperaron con dinero y su influencia moral. A los accionistas se les paga el dos por ciento. Es verdaderamente admirable que sólo en Bilbao se reunieron 220.000 duros.

Al frente de las obras estuvieron el P. Aróstegui y dos Hermanos Coadjutores. Hizo los planos el Arquitecto señor Cubas. Algunos errores graves se cometieron en la construcción. Pero en cambio se ahorró mucho, por el cuidado que tuvieron en vigilar a los operarios y con la aplicación de las máquinas de hacer mortero, de subir pesos y el plano inclinado para bajar piedra.

Hubo el primer año casi 100 alumnos de Derecho y Matemáticas. Se portaron muy bien en su conducta; pero no sé si debido al afán del Prefecto de tenerlos contentos prodigando los recreos y vacaciones, es lo cierto que estudiaron poco,

como se echó de ver en los exámenes del curso de 1886-87. De esto se quejaban habitualmente los profesores.

Estos se eligieron entre los mejores de la Provincia: PP. Cienfuegos, Alcolavo y Obeso S. para Matemáticas; Vinuesa, Minteguiaga, Conde, Segura, S. Ocaña para Leyes y Filosofía y Letras; Superior P. Gallo, que fue a la vez director de *El Mensajero*.

No faltaron dificultades para hacer andar esta gran máquina; pero se fueron venciendo: Hubo un verdadero disgusto con los bilbaínos quienes deseaban, como era natural, que se admitiesen externos en las clases. Parecía natural esta exigencia y aún algunas, se cree le impusieron como condición, cuando entregaron el dinero y aún les dio casi palabra el P. que lo recogía. Pero todos los que han estado en los Colegios de 2.^a Enseñanza saben los grandes inconvenientes que esto trae, y aún el peligro que con ello hay de trastornarse el orden del Colegio: juzgaron, pues los PP. conscriptos, apoyados en estas razones que por ahora no debían admitirse alumnos externos. Algunos creyeron que estos inconvenientes no tenían razón de ser en el caso presente. *Quis suo...*

También los Redactores de *El Mensajero* pasaron a la Universidad y quedó a sus anchas en Bilbao en la Administración el P. Rodeles. Estaba entre ellos el P. G. Cañas, quien a pesar de su poca salud y de su genio y carácter especiales, de tal suerte sabía ganarse las voluntades que con tener que trabajar en la Administración desde las ocho de la mañana, acudía a su confesonario un numeroso concurso de lo más selecto y aún elegante de Bilbao. De suerte que atendido su modo de ser, en este empleo es donde podía al parecer, dar más gloria a Dios. Pero no llevaba esto en paciencia cierto sujeto: y... todo se deshizo con grande sentimiento de las gentes; y él sin hacer cosa de provecho paró seis o siete meses en la Universidad hasta que salió para la Guardia.

La redacción de *El Mensajero* sufrió bastante con este cambio. Gracias a los PP. Coloma y Castillo se acrecentaba su crédito y suscripciones. Era director el mismo Superior de la Universidad, hombre aunque literato y de regular gusto, ya por las muchas ocupaciones del Colegio, ya sobre todo,

por no estar acostumbrado a escribir, no tomó apenas parte en la dirección de la *Revista*.

El P. Paz publicó su Reglamento para la formación del *Apostolado* en los Seminarios: se encargó de la correspondencia y relaciones con los Obispos: consiguió que el de Valladolid se interesase con los demás Prelados para que en Roma se concediese la institución de la *Archicofradía del Corazón de Jesús* para los dominios de España. Ignoro hasta el presente el resultado.

Uno de los medios con que se pudiera haber hecho mucho fruto en los prójimos era el Calendario Americano. Supuesto el crédito de *El Mensajero* y de la Compañía pudiera habersele dado un impulso extraordinario; pero, como tantas otras cosas, tanto en su redacción como en el modo de hacerlo, cayeron en manos de persona sin grande ingenio y sin ningún gusto literario ni artístico. Todo lo contrario que deseaba el difunto Santo Obispo de Almería. Se inutilizó, pues, un poderoso medio de propaganda. Y si aún así se vendieron más de 40.000 ejemplares ¿qué hubiera sido si redactado por personas inteligentes se hubiera hermoñado con los numerosos medios a que se presta el arte de nuestros tiempos? Pero es enfermedad de difícil remedio.

La Política de estos tiempos.

Pensaba haber hecho caso omiso de esta materia, pero como en las cosas más propias de la Religión y aún en las de la Compañía se introducen sin poderlo remediar, aunque sea brevemente, no estará fuera de propósito que se consignen los hechos más capitales.

La situación por que atraviesa la Iglesia en España desde la subida de Alfonso XII al trono, es verdaderamente crítica. Con el auxilio de los Obispos y de Roma, D. Carlos hubiera vencido. Pero aquéllos no se movieron y en Roma lo despreciaron. Más daño, que 50.000 hombres, hizo a los Carlistas la venida del Nuncio a la Corte de Alfonso. Es por demás triste que no se hayan entendido en Roma las necesidades y la Religión a prueba de los Españoles. La aprobación de la venta de los bienes eclesiásticos creó en España

el Partido Liberal: El desprecio y persecución de los Carlistas destruirá la Religión. Cuando uno ha visto que en todas las ciudades y pueblos de España los que se confiesan, los que frecuentan las Iglesias, los que forman las Conferencias de San Vicente, los que trabajan en la enseñanza de los pobres, en fin los verdaderos cristianos, pertenecen con raras excepciones al partido carlista, que todas las publicaciones verdaderamente de sólidas doctrinas participan de las mismas ideas que en las grandes manifestaciones religiosas, como peregrinaciones, procesiones y otras imponentes manifestaciones católicas, la inmensa mayoría pertenecen al mismo bando: y se ven sin embargo que las eminencias de la religión o no les da importancia, o los desprecia, persigue y aún los cree una calamidad por creerlos una rémora y obstáculo al cumplimiento de no sé qué quiméricos ideales: el corazón afligido no puede menos de llenarse de pena y en el entendimiento más claro e instruido se causa tal confusión y oscuridad y duda es tal el naufragio que sufren en las ideas más obvias que sin abrazarse ciegamente al áncora de la fe perecería.

Concluyó la guerra más, como dijimos, por el influjo moral de Roma y de los Obispos que por las armas liberales. En nada se apreciaron los sacrificios inmensos que en defensa de la Religión hicieron innumerables familias de sus bienes y de la sangre de sus hijos. Nobles y alto clero se unieron con los liberales a consolidar el trono de Alfonso. Nada les importó que al desembarcar este en España dijera que era *Católico como sus antepasados y liberal como su siglo*. Conducía el timón de esta nave el volteriano Cánovas. Reunidas las Cortes (1876) se formó una nueva Constitución, se decretó la libertad de cultos, de imprenta, etc., y empezó a tener legalmente amplio campo donde extenderse el error. La Iglesia se postró de hinojos ante él, mostró contentándose con que a sus ministros diera de comer. Los Fueros de las Vascongadas desaparecieron. Los Carlistas eran los únicos enemigos, en vez que se daba amplia libertad a los demás partidos liberales, excepto al republicano.

Se casó Alfonso con la hija de su tío el Duque de Mont-

pensier que tanto había conspirado para destronar a su madre Isabel II. Estamos en el tiempo de las contradicciones. Muerta su esposa, se casó con la Hija de los Archiduques de Austria, de ésta tuvo dos hijas y un hijo que se llama Alfonso XIII. Su vida estuvo, dicen, llena de escándalos. Duquesas, bailarinas, actrices, formaban el coro de sus entretenimientos hasta el punto de tratar de separarse su flemática esposa. No careció de talento como suele suceder a todos los de su raza. Estos desórdenes fueron causa de una tisis que le llevó a la sepultura en 28 de noviembre de 1889. Murió como vivió, sin sacramentos.

Los Carlistas, aunque quebrantados por la Guerra y la conducta inconveniente de su jefe, dirigidos con admirable maestría por D. Cándido Nocedal, se fueron reponiendo en el retraimiento, aumentando sus fuerzas y haciendo propaganda con sus periódicos y revistas. Pero Cánovas conoce la debilidad del Partido conservador y el aumento que cada día recibe el progresista y revolucionario; quiere pues atraer al suyo las honradas masas carlistas. He aquí el origen de la nueva persecución religiosa de partido carlista.

De Roma y sobre todo el Señor Nuncio Mgr. Rampola llevan a bien y protegen este plan. Y naturalmente había de agradar a todos los prelados que no fuesen carlistas. Se formó con este objeto una Unión Católica que con el pretexto de aparecer exclusivamente religiosa, era bendecida de los obispos y del S. Pontífice. A ella se unieron inmediatamente todos los católicos liberales y políticos, procedentes del antiguo partido moderado, los descontentos o cansados del partido Carlista, algunos católicos de buena fe, creyendo ver en ella un medio para combatir la impiedad. ¿Mas cuál no fue su descontento al contemplar el engañoso lazo que en ella les tendían Cánovas y los que desde entonces se llamaron los mestizos? Descubrieron la urdimbre *El Siglo Futuro* y los carlistas puros. Vieron que se trataba únicamente de destruir este partido y robustecer el de Alfonso contra la revolución. Empezó la desbandada en los que habían sido engañados, y a pesar de los esfuerzos del Ministro Pidal, los del Nuncio y los de muchos prelados, herida de muerte desapareció con la

muerte de D. Alfonso. No dejó sin embargo de introducir la cizaña entre los intransigentes representados por *El Siglo Futuro* y los semintransigentes representados por *La Fe*. División que subsiste aún y no es fácil desaparezca.

Entre otros hechos tristes para la Religión que en estos tiempos tuvieron lugar fue la fracasada peregrinación a Roma en 1881. En 1876 hizo el Partido católico y carlista una peregrinación en la que tomaron parte más de 10.000 personas. La habían organizado los Nocedales. Recordando León XIII la excelente impresión que esto causó en Roma, deseó se repitiese en 1881, y la encargó a los mismos Nocedales: mas conociendo éstos la oposición que habían de hallar en ocho o diez Prelados lo hicieron presente a Su Santidad hasta enviándole los nombres de los mismos. Respondieron de Roma que se les advertiría en particular, y que a todo trance fuese adelante la Peregrinación. La súplica se convirtió en mandato. Existen cartas de todo esto en poder del Sr. Nocedal que por respeto a los dichos Obispos no se han publicado.

Empezaron, pues, los Señores dichos a organizarlo, nombrando Juntas y llamando a los Católicos. No hay mina que estalle con tanto estrépito y levante más polvo y humareda como el torbellino y borrasca que siguió al solo anuncio de la peregrinación. «Es política», gritaron los conservadores, revolucionarios, mestizos y demás liberales. Los Prelados enemigos de los Carlistas se levantaron contra ella con verdadero furor. El Arzobispo de Santiago llegó a escribir que era apócrifa la tal autorización. Entonces salieron a relucir las facultades de los Obispos según las cuales llegará día que ni a misa podrán ir los fieles sin su previa y particular autorización. «La peregrinación, decían, es un acto de religión que debe aprobar en cada Diócesis su Prelado, y no basta que la autorice el S. Pontífice». Otros, como el Sr. Lluch de Sevilla, se apresuraron a disolver las Juntas. A todo hacían coro los periódicos liberales y el Gobierno de Cánovas. En fin, fueron tantas y tan graves las dificultades que en contra de la peregrinación se levantaron que el S. Pontífice juzgó conveniente el que se suspendiese.

Fue aquello una lástima. El S. Pontífice la necesitaba. Y

el entusiasmo que se asentó entre los puros católicos, no tenía límites. Si a 10.000 llegó la de Santa Teresa; seguramente no hubiera bajado ésta de 20.000.

Convirtiéronla los Sres. Obispos en peregrinaciones diocesanas que, como era natural, se redujeron a que algunos de los dichos Señores fueran a Roma acompañados de Sacerdotes y de algunas piadosas aunque mestizas Señoras. Los carlistas, que son el verdadero núcleo de Religión en España, no creyeron convenía tomar parte en semejante ceremonia. La Guerra que desde entonces se declaró a los carlistas por varios Prelados, por el Nuncio Sr. Rampolla, por el Gobierno de Cánovas y Pidal y por toda la falange de los mestizos y defensores del mal menor y de la Hipótesis; no hay palabras para encarecerla; y parecerá inverosímil e increíble a la posteridad. Sólo lo explica el que engañados en Roma con el fantasma de que igualando la Religión de los españoles a la que hay en las demás naciones de Europa, creen una quimera y un sueño fútil, hasta el tratar de que la Iglesia recobre entre nosotros su antiguo esplendor, autoridad y grandeza. Por eso a los carlistas se les considera como exagerados, como fanáticos, como febronianos y rebeldes a lo que se desea en Roma.

De aquí la aversión de muchos Prelados a sus periódicos. Las advertencias y condenaciones inconcebibles de las ideas de algunos de ellos. De aquí el desprecio habitual que de ellos se hace, proponiéndolos a los mismos liberales, de aquí la confusión que se ha causado entre los sabios imparciales y el desprestigio espantoso de la autoridad eclesiástica entre los fieles y el clero. Se imponía a éste la obligación de suscribirse a periódicos católico-liberales como en Santiago, Valencia, Córdoba, Oviedo, Tarragona, se perseguía a los carlistas y se procuraba su supresión; y triste del seminarista, eclesiástico y aún seglar que dependiendo de las tales personas era sorprendido leyendo los tales periódicos; se exponía sin remedio a que sobre él cayeran los rigores de sus iras. Por el contrario, *La Unión* de Madrid, *El Zuavo* de Valencia, *El Liberador* de Santiago y algún que otro se repartían entre los eclesiásticos, se les obligaba a recibirlos, y se pagaba la suscripción de los pocos fondos de fábrica.

Tendían todas estas maniobras a destruir el Partido carlista y consolidar el trono de D. Alfonso. Porque a esta Cruzada de la parte eclesiástica, se allegaba la persecución unas veces, y el llamamiento, otras, del Gobierno de Cánovas a las *honradas masas carlistas*. Todo fue inútil. La acertada dirección de D. Cándido Nocedal deshizo todos los aprestos de guerra, inutilizó todas las campañas y salió triunfante e ileso de los más encarnizados combates.

Sin embargo no faltaron cobardes carlistas que engañados con tan falaces promesas se dejaron arrastrar de tan impetuoso torbellino. La tentación por cierto era terrible. Los Obispos alucinados con las palabras de Cánovas trabajaron en su mayor parte por consolidar la Unión Católica, las gentes que no eran carlistas corrían a unírseles con entusiasmo. El Nuncio y los de Roma trabajaban desesperadamente en el mismo sentido. Se vieron de esta suerte engrosar las filas de los católicos-liberales a hombres que por la Religión habían derramado su sangre en los campos de batalla. La agañaza no podía estar mejor urdida.

Hubo además otros que cansados de esperar, y viendo que de continuar en el Partido Carlista tenían que renunciar a toda clase de destinos y dignidades se pasaron con armas y bagajes al Partido conservador. Tales fueron los del *Fénix*, *La Ilustración Católica* y otros sin número.

El Siglo Futuro continuaba impávido en su campaña. Cánovas trataba de destruirle y aún atribuía la preponderancia de éste y el fracaso de su plan a influencias de la Compañía. Esta en nada se metió; aunque fue cierto que fue la primera en conocer el lazo que se tendía a la Religión.

El Siglo Futuro con su prudencia arrastró las iras del Gobierno. Pero el Nuncio no iba en zaga a éste en sus deseos de armarle un lazo y prepararle una caída. Sirvióle de pretexto un artículo que en su sentido obvio nada tenía de particular, pero que trayéndolo por los cabellos daba pie a proposiciones condenadas. Así se interpretó y dio origen, con escándalo de los buenos, a que se gritara por las calles que había sido condenada la doctrina de *El Siglo Futuro*. Aplau-

dían los liberales de todos los colores, y los fervorosos católicos, llenos de amargura y confusión, no sabían a qué atenerse.

Murió en esto Don Alfonso XII de una tisis contraída sin duda por sus excesos mujeriegos, como de público se decía. No eran un misterio las relaciones ilícitas que tenía con la D.^a Vda. de M. la bailarina Sanz, etc., etc. Murió como había vivido, sin confesarse, y aún sin saber que se moría. Merced a la morfina pasó de un sueño del tiempo a la eternidad.

Y cuando aún estaba el cuerpo caliente y su viuda sumergida en el más profundo dolor, los políticos que nada respetan cuando sus los llaman a figurar y a disfrutar del presupuesto y de las altas dignidades de la nación, amenazaron a Cánovas y pidieron a la augusta viuda el ser encumbrados a la cúspide del poder para tomar las riendas del Gobierno, o, más bien, desgobierno de España.

Con este cambio variaron algo los ataques a los carlistas; sus enemigos los *mestizos* no disponían del brazo de Sagasta, como del de Cánovas y Pidal. Sin embargo estaba en pie la cuestión. Con motivo de las honras fúnebres de Alfonso se oyeron por esos púlpitos estrepitosas alabanzas del Rey liberal e injurias contra los carlistas. Esa cuadrilla de Eclesiásticos aspirantes a Canónigos, que deben sus dignidad y distinguo a influencias liberales cantaron a sus anchas las glorias del *Rey católico como sus antepasados y liberal como su siglo*.